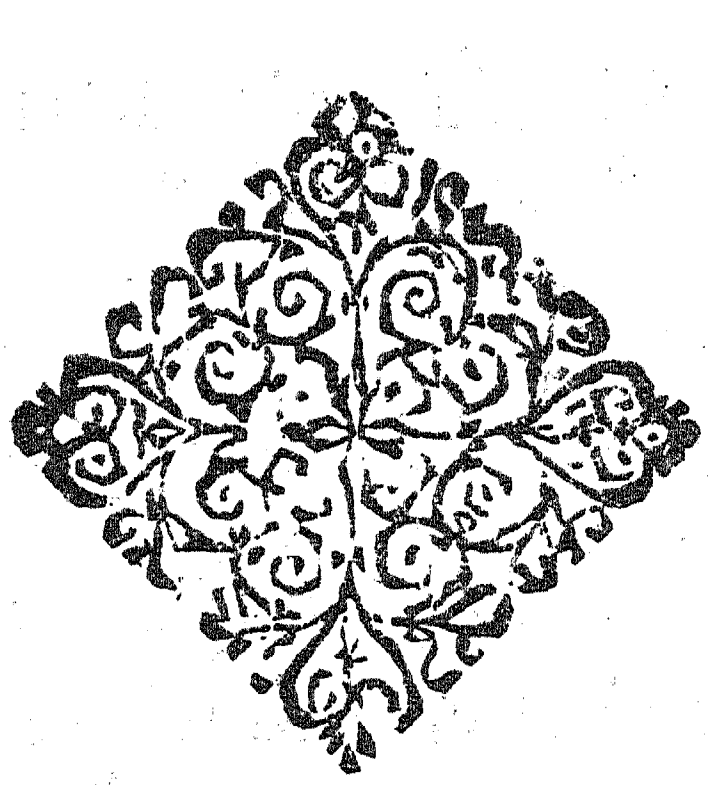

RELACION: LA SORTIJA DE FLORENCIA.

DE DON SEBASTIAN DE VILLAVICIOSA.

ESCucha, Carlos, mi pena.
Salì al cãpo à caza vn dia,
por divertirme en las ſelvas,
cuydados, q̃ al alma oprimen,
haziendo guerra à las fieras.
Y apenas de vn javalì
ſeguì la planta ligera,
que à vn tiro dexò teñida
del bruto coral la yerva.
Y huyẽdo el ſegũdo embate,
entre la oculta maleza,
para guarecer la vida,
hallò frondoſas trincheras.
Quãdo perdido en el boſque,
muro de troncos, y breñas,
deſmontado del cavallo,
tomo en la mano la rienda.
Y en el verde Laberinto,
buſ-

busquè el passo, y abrì senda
con la espada, acuchillando
la espesura que me cerca.
Hasta, que vencì en sus ramas
la vejetable tiniebla,
en cuya clausura el Sol,
por no estàr presso, no entra.
Salì deste bosque à vn valle,
à donde la Primavera
recoge el sudor del Alva,
para amanecer mas bella.
Y en la margen de vn arroyo,
que à escaramuzas traviessas
del campo, cobraba en flores,
quanto le salpica en perlas.
Vì vna deydad reclinada
al regazo de la arena,
tan hermosa, que el arroyo,
todo suspendido en ella,
era tabla crystalina,
por retratar su belleza.
El cabello al viento en ondas,
por ser inquietud tan nueva
del Sol, si à rayos le riza,
el ayre à soplos le peyna.
Vna rosa de diamantes,
ayron de sus ondas era,
con que temì su desdèn,
viendo las ondas con piedras.
Tenia vn lienço en la mano,
copo de nieve tan bella,
que al mirarla parecia
mano, y cābray de vna pieza.
Sobre la otra, dormida
descansaba, y dixe al verla:
Mucho es, q̃ no venga el dia,
estando el Alva tan cerca.
Las rosas de sus mexillas
regalaba, porque crezcan
el aliento de su boca,
con olorosas macetas.
Desta suerte la miraba,
con toda el alma suspensa,
respectandola dormida,
por no perderla despierta.
Quando acaso, ò por embidia
de vèrme tan cerca della,
el viento, que la adulaba,
luego descortès, la inquieta:
que hasta vn Elemento sabe
sentir las dichas agenas.
Despertò, y al vèr sus ojos,
que son las mas vivas flechas,
que tiene amor, que dè ciego,
que mucho, si en dos esferas
dorò el campo con dos Soles,
cegò

cegò el Sol, con dos Estrellas?
Quien sois forastero? dixo
turbada; y dì por respuesta:
Despues de veros, no sè
si serè lo que antes era.
Sin oìr mas, vergonçosa,
me diò de ausentarse señas;
que como el q̃ ha de partirse,
de color se viste, ella
al rostro de nieve, hermoso
de recato, y de verguença,
puso vn capote de grana,
por señal de que se ausenta.
Mustrias, y alegres las flores
la lloran, y la celebran,
que al ir passando del valle,
veloz la distancia amena,
al blando ardor de sus ojos,
quedaron las flores bellas,
las que miran, respirando,
y esperando, las que dexa.
Atado dexè el cavallo
à vn tronco, para poderla
seguir con menos estorvo;
y al vèr, que el passo acelera,
que ni la para vn suspiro,
ni la detiene vna quexa.
La dixe: Deydad, ò Aurora,
ò muger, como respuesta
negais à vn afecto humilde,
la Deydad oye al que ruega:
La Aurora sale, à que vivan
la flor, y la planta tierna:
si sois muger, deshazed,
señora, la ley severa.
No estè siempre con porfia,
ò por costumbre, ò por tema,
sin oìdos la hermosura,
y con desdèn la belleza.
Ni miro, ni escucho, dixo;
y vna mascarilla negra
se puso por sombra al rostro,
en cuyo sagrado se entran
sus ojos, que de mi vida
fueron à rayos, y flechas,
crystalinos homicidas,
que porque muerto me dexã,
en la mascara buscaron
la sombra, que les defienda.
Llegò la noche, y perdida,
à pocos passos llamèla
con vozes no me responde;
sembrè en el ayre mis quexas;
y piadosas de escucharlas,
daban respuesta las peñas.
Bolviò mi gente à buscarme;
montè

montè à cavallo, y la Aldea
circunvezina examino,
ſin poder hallar en ella
ſeñas deſta luz, que adoro,
deſta iluſion de la idea,
que burlando mis ſentidos,
ſe deſvaneciò en sì meſma.
Eſte es, Carlos, mi ſuceſſo,
mejor dirè mi tragedia,
mi confuſion, mi peligro,
mi temor, y mi triſteza,
mi tormento, mi memoria,
mi horror, mi muerte, mi eſtre
pues no vive, lo que vive, (lla;
quien no vè lo que deſea.
Y aſsi he mandado à Liſardo,
Pintor de tanta deſtreza,
que en el vèr, y retratar
sõ dos, y es vna acciõ meſma,
q̃ no entre à verme en Palacio
ſin traer las copias bellas
de quantas damas hermoſas
el contorno de Florencia,
en ſus Quintas habitaren,
para vèr ſi el alma encuentra
con tan hermoſa homicida,
pues no vivirè haſta verla.
Eſta es la cauſa de andar,
Carlos, con tales triſtezas,
eſte el peſar, que me oprime,
eſta la luz que me ciega,
eſte el deſdèn que padezco,
eſta la ley que me fuerça,
eſte el yelo que me abraſa,
y eſte el ardor que me yela.

F I N.

Con licencia: En Sevilla, por *Franciſco de Leefdael*, en la Caſa del Correo Viejo.